
DE LA RELIGIÓN DEL PROGRESO
AL PROGRESO EN LA CARIDAD
Y LA VERDAD

ALGUNAS CONSIDERACIONES
SOBRE *CARITAS IN VERITATE*

AARÓN ADRIÁN CASTILLO F.

SUMARIO: I. *La religión del progreso*. II. *La envergadura de un objetivo aparentemente limitado*. III. *La caridad como principio*. IV. *La radicalidad del planteamiento*. V. *Las fuentes del desarrollo*. VI. *Características del desarrollo*. VII. *¿Y para los juristas?*

I. LA RELIGIÓN DEL PROGRESO

En un texto que merece la lectura de cualquiera,¹ Christopher Dawson explica como el nacimiento de la Modernidad estuvo marcado por el declive de la religión hasta entonces dominante: el cristianismo, y el fortalecimiento creciente de una nueva religión: “la religión del progreso”.

Para Dawson, la lógica subyacente a grandes acontecimientos que marcaron el nacimiento de la Modernidad fue la de la “doctrina fundamental del “crecimiento perpetuo e ilimitado de

¹ “La secularización de la cultura occidental y el surgimiento de la religión del progreso”, en Dawson, Christopher, *Historia de la cultura cristiana*, FCE, México, 1997.

la razón humana universal”, el cual producirá inevitablemente la edad de oro y el establecimiento de un paraíso en la tierra”.²

Ahora, quinientos años después del nacimiento de la Modernidad el sueño de un progreso “perpetuo e ilimitado” amenaza con fallecer en una crisis en el que los dos instrumentos fundamentales del ideal moderno, el Estado y el mercado, sufren de un progresivo –y probablemente mortal– debilitamiento.

Antes de abandonarnos en el amargo mar de la desesperanza por el evidente fracaso del ideal moderno,³ una voz debe ser escuchada: la de aquel que por siglos ha buscado mantener despierta la esperanza de los hombres y que ahora nos propone desde la religión cristiana ideas de fondo sobre la mejor manera de superar la crisis de esa otra fe, la del progreso material, que en su momento “fue capaz de excitar las emociones de la gente y suscitar un genuino entusiasmo religioso”.⁴

II. LA ENVERGADURA DE UN OBJETIVO APARENTEMENTE LIMITADO

En su calidad de novísima inclusión en el *corpus* de la Doctrina Social de la Iglesia, *Caritas in Veritate* no ofrece soluciones concretas a los grandes problemas que enfrenta la humanidad, sino que busca profundizar en la reflexión sobre “los principios de reflexión, los criterios de juicio y las directrices de acción” necesarias para “promover un humanismo integral y solidario”.⁵

Ante la gravedad y urgencia de los problemas que el mundo experimenta en la actualidad, semejante pretensión podrá sonar a que la más reciente Encíclica de Benedicto XVI contiene mera

² Dawson, Christopher, *op. cit.*, p. 454.

³ Aquel que Leo Strauss comprendía como “la construcción de una sociedad universal de naciones libres e iguales y de hombres y mujeres también libres e iguales que disfrutasen de una riqueza universal, y por tanto de justicia y felicidad universales, por medio de la ciencia entendida como la conquista de la naturaleza al servicio del poder humano”. Tracov, Nathan y Pangle, Thomas, en Strauss, Leo y Cropsey, Joseph (comps.), *Historia de la filosofía política*, FCE, México, 1993, p. 852.

⁴ Dawson, Christopher, *op. cit.*, p. 454.

⁵ Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, núm. 7.

verborrea moralizante, y no la solución definitiva que todos estamos buscando.

¿Será esto verdad? De ninguna manera. En un mundo en el que los problemas que aquejan a la humanidad son tantos y tan urgentes, la tentación de salir al paso de las muchas crisis que enfrentamos con paliativos que difieren la solución de los problemas para un momento ulterior, encuentra un útil (por indispensable) contrapeso en las ideas claras que la Doctrina Social de la Iglesia nos propone como parámetro para distinguir entre soluciones propiamente humanas y meramente políticas.

III. LA CARIDAD COMO PRINCIPIO

¿Y cuál es, en última instancia, el principio, criterio o directriz que *Caritas in Veritate* viene a recordarnos ante la crisis financiera global? Que la solución de fondo a los problemas humanos requiere del diseño de respuestas técnicas inspiradas en el principio de la caridad –según el cual *todo hombre* debe ser considerado al momento de diseñar una solución que beneficie a *todo el hombre*–. En otras palabras, que si queremos resolver a fondo los graves problemas que hoy en día enfrentamos en campos como las finanzas, el derecho, la política y la cultura, debemos ir más allá de las soluciones basadas en la mera factibilidad material o en el principio de utilidad, para adentrarnos el carácter personal de todo ser humano, racional, libre, digno, abierto a la trascendencia.

Así las cosas, *Caritas in Veritate* se nos presenta como un fuerte llamado de atención ante el predominio multiseccular de una visión particular –y reductivista– del desarrollo; a saber, aquella que ha centrado a lo largo de la Modernidad su atención en el limitado espectro de los problemas humanos sujetos a una solución de corte meramente material.

IV. LA RADICALIDAD DEL PLANTEAMIENTO

De lo anterior se desprende que la Encíclica no sólo le pide a sus destinatarios que construyan soluciones técnicas a los grandes

problemas de la humanidad –cosa que muchos hacen cotidianamente–, ni que procuren acompañar la búsqueda e implementación de dichas soluciones con una intensa vida de piedad y una existencia ejemplar; sino que afirma que ninguna solución técnica será una auténtica solución a los dilemas del mundo si no está basada en una idea clara del desarrollo, a saber: “promover a todos los hombres y a todo el hombre”,⁶ y de la caridad.⁷

Como es evidente, semejante noción de la técnica (necesariamente encaminada al desarrollo *integral* del hombre) reclama de sus gestores el deber de repensar a fondo todo el lenguaje y el andamiaje conceptual sobre el que actualmente se construyen las soluciones técnicas que el mundo ofrece en ámbitos tan complejos y aparentemente aventajados como los de la política, las comunicaciones, la empresa, las finanzas internacionales, el derecho, etcétera.

Así las cosas, tomarse en serio el planteamiento contenido en *Caritas in Veritate* implica sentarse a pensar a fondo los conceptos más básicos sobre los que se construye cualquier profesión, preguntándonos si todos y cada ellos responden a una lógica centrada en la dignidad de la persona humana.

El primer objetivo de quien quiera convertirse en un auténtico factor de desarrollo para la humanidad será pues la propuesta de un nuevo lenguaje; un sistema de conceptos capaz de explicarnos un campo particular del conocimiento y el actuar humano en función de lo más importante, el hombre.

Sólo con semejante ejercicio de pensamiento profundo podremos construir las propuestas concretas que habrán de abrirse camino hasta convertirse en soluciones prácticas a los grandes problemas de la humanidad.⁸ En palabras de Benedicto XVI:

⁶ “El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre” (*Populorum Progressio*, núm. 14).

⁷ “La Caridad (...) no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas” (*Caritas in Veritate*, núm. 2).

⁸ En *Caritas in Veritate* Benedicto XVI no se limita a presentar ideas más o menos atractivas que resultan los problemas del hombre, sino que invita a sus lectores a asumir

DE LA RELIGIÓN DEL PROGRESO AL PROGRESO EN LA CARIDAD

Hemos de asumir con realismo, confianza y esperanza las nuevas responsabilidades que nos reclama la situación de un mundo que necesita una profunda renovación cultural y el redescubrimiento de valores de fondo sobre los cuales construir un futuro mejor. La crisis nos obliga a revisar nuestro camino, a darnos nuevas reglas y a encontrar nuevas formas de compromiso, a apoyarnos en las experiencias positivas y a rechazar las negativas. De este modo, la crisis se convierte en *ocasión de discernir y proyectar de un modo nuevo*. Conviene afrontar las dificultades del presente en esta clave, de manera confiada más que resignada (*Caritas in Veritate*, núm. 21).

En el fondo de este ambicioso proyecto –que no se limita a vestir un conjunto de soluciones técnicas con la apariencia o el complemento de la caridad, sino que subraya con vehemencia que una solución técnica sólo es verdaderamente buena y eficaz cuando se construye desde la lógica de la caridad– radica una profunda confianza en la unión que existe entre la Verdad y la Caridad; una unión que nos lleva a pensar que así como no es posible resolver a fondo problemas técnicos sin atender al principio de la caridad, tampoco es posible amar a los demás en la sociedad sin echar mano de un conocimiento verdadero de los problemas que reclaman una solución en función de las posibilidades y exigencias más altas de la naturaleza humana.

V. LAS FUENTES DEL DESARROLLO

Es interesante constatar la manera en la que Benedicto XVI plantea el doble origen del desarrollo: por un lado, como exigencia

dos importantes tareas: por un lado, a pensar y a actuar. En relación con lo primero (el pensar), solemos entender al cristianismo como una religión en la que uno habla y los demás obedecen; mientras que el Papa nos dice aquí que del cristiano, en particular del cristiano que ejerce una profesión, tiene que aprender a pensar en cristiano sobre la naturaleza de su propia profesión. En relación con lo segundo (el actuar), Benedicto XVI nos dice que conocer la verdad –incluso ya aplicada a ámbitos concretos del actuar humano– no basta, hay que hacer la verdad creíble, y eso se logra con la caridad. De ahí este juego tan interesante, tan profundo y sugerente, de las dos posibles combinaciones de los términos: “Caridad en la Verdad”, “Verdad en la Caridad”.

intrínseca de la naturaleza humana, y por el otro, como respuesta (debida y deseada) al amor recibido.

En un mundo que se empeña en darle la espalda a Dios, *Caritas in Veritate* se nos presenta como uno de los pocos escritos de actualidad –tal vez el único– en el que se nos recuerda que el desarrollo es algo querido por Dios. En palabras de Benedicto XVI, tomadas a su vez de Paulo VI:

El progreso, en su fuente y en su esencia, es una vocación: “En los designios de Dios, cada hombre está llamado a promover su propio progreso, porque la vida de todo hombre es una vocación” (*Caritas in Veritate*, núm. 16).

Los hombres, por el hecho de serlo, están llamados a crecer, a desarrollarse; por lo tanto, el desarrollo no es –como muchos gustan de decir en una y otra trinchera–, enemigo de Dios, de la religión o de la Iglesia (recordemos que el Prometeo que sufre encadenado un eterno castigo por impulsar el desarrollo de los seres humanos no es cristiano), sino un reclamo mismo de la naturaleza del hombre tal y como ha sido querida por su Creador. Dios ha hecho al hombre para el desarrollo, y sólo desarrollándose puede el hombre alcanzar su perfección y colaborar (amorosamente) al perfeccionamiento de los demás.⁹

⁹ No está de más recordar que, siendo el hombre un ser libre, el desarrollo al que todos estamos llamados tiene mucho de inédito, y con ello, de milagroso. Pienso ahora en el sentido en el que Hannah Arendt comprende la noción de *milagro* a la luz de la novedad radical que se puede esperar –en términos de desarrollo personal y colectivo– de cada ser humano que llega a este mundo: “Siempre que ocurre algo nuevo se da algo inesperado, imprevisible, y, en último término, inexplicable causalmente, es decir, algo así como un milagro en el nexo de las secuencias calculables (...) Es el propio hombre quien, de un modo maravilloso y misterioso, está dotado para hacer milagros. Este don es lo que en el habla habitual llamamos la acción (*das Handeln*). A la acción le es peculiar poner en marcha procesos cuyo automatismo parece muy similar al de los procesos naturales, y le es peculiar sentar un nuevo comienzo, empezar algo nuevo, tomar la iniciativa o, hablando kantianamente, comenzar por sí mismo una cadena. El milagro de la libertad yace en este poder comenzar (*Anfangen-Können*) que a su vez estriba en el *factum* de que todo hombre en cuanto por nacimiento viene al mundo –que ya estaba antes y continuará después– es él mismo un nuevo comienzo” (Arendt, Hannah, *¿Qué es la política?*, Paidós, España, 1997, pp. 64-66).

Por otro lado, la dinámica interior que se necesita para perseverar en el esfuerzo de pensar, diseñar e implementar un desarrollo integral, no es, nos recuerda Benedicto XVI, fruto de las solas fuerzas del corazón humano. Antes que nada, el amor expresado en la búsqueda de un verdadero desarrollo de la Humanidad es el resultado de un don; el don del Amor de Dios que nos impulsa y nos transforma, iluminando nuestra inteligencia y fortaleciendo nuestra voluntad, preparándonos e impulsándonos a asumir el urgente deber de velar eficientemente por el bien de los demás.¹⁰

El amor (...) es una fuerza extraordinaria, que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz. Es una fuerza que tiene su origen en Dios, Amor eterno y Verdad absoluta. Cada uno encuentra su propio bien asumiendo el proyecto que Dios tiene sobre él, para realizarlo plenamente: en efecto, encuentra en dicho proyecto su verdad y, aceptando esta verdad, se hace libre (...) Todos los hombres perciben el impulso interior de amar de manera auténtica; amor y verdad nunca los abandonan completamente, porque son la vocación que Dios ha puesto en el corazón y en la mente de cada ser humano (*Caritas in Veritate*, núm. 1).

Dotados así tanto de un motivo intrínseco –que también es parámetro–, a saber: la naturaleza humana, como del impulso de un motor inagotable: el Amor de Dios por una criatura que *per se* es digna de ser amada, el hombre se encuentra ahora en

¹⁰ En primera instancia, la caridad no es algo que nosotros damos, sino algo que recibimos. Es un don que despierta asombro en el que lo recibe (en este caso, de Dios). Cuando nos encontramos con el Amor, nos llenamos de asombro. Cuando somos amados vivimos una experiencia de asombro que exige retribución. De tal suerte que el saberme amado me mueve a amar, y esa es la dinámica de la existencia del hombre: el amor que responde al Amor. He aquí la exposición de la verdad preformativa de la que depende toda la dinámica del desarrollo (personal y colectivo): saberse amado. De lo anterior se sigue que aquellos que se sientan llamados a gestionar el desarrollo del mundo en un momento en el que el sueño de la Modernidad está demostrando sus limitaciones y la Posmodernidad no logra presentarnos un proyecto atractivo y viable, deberá ser gente dispuesta a pensar y a trabajar abnegadamente desde el amor.

condiciones de constituirse en causa próxima del desarrollo, pensando, estudiando, desarrollando su creatividad y convocando –en la verdad y el atractivo de sus propuestas– a muchos otros seres humanos a trabajar juntos en la solución de los problemas del hombre.

VI. CARACTERÍSTICAS DEL DESARROLLO

Entre las muchas características que debe tener un desarrollo que cumpla con el proyecto de *Caritas in Veritate* –esto es, un desarrollo fundado e inspirado en la caridad–, me gustaría ahora destacar las siguientes:

1. *Integral*. Como ya se dijo con antelación, Benedicto XVI construye su noción de progreso a partir de una idea central de Paulo VI: conseguir el desarrollo integral de todas las personas y de toda la persona. Esta idea de totalidad lleva la noción de progreso mucho más allá del ámbito meramente material, demandando de cada persona y de cada pueblo, un esfuerzo significativo para alcanzar su más pleno desarrollo posible: “La verdad del desarrollo consiste en su totalidad: si no es de todo el hombre y de todos los hombres, no es el verdadero desarrollo” (*Caritas in Veritate*, n. 18).¹¹

2. *Veraz*. ¿Qué significa hablar de la “Caridad en la Verdad”? ¿Qué necesidad de darle semejante *locus* al tema del Amor? ¿Es que acaso puede haber una “caridad en la mentira”?

Al relacionar las nociones de Amor y Verdad, *Carita in Veritate* dota a todo proyecto del desarrollo que cumpla con su vocación con los cimientos necesarios para ser eficaz.

¹¹ En esta línea de ideas, la Encíclica nos aleja tanto la lógica dominante en la Modernidad –centrada en un aspecto parcial de la realidad: la *res extensa*, el mundo de lo mensurable; el universo de una razón reducida cuyas únicas aportaciones pueden darse en el ámbito de la ciencia y la tecnología–, como de los desarrollos más negativos de la Postmodernidad –en los que una excesiva exaltación de lo subjetivo termina por hundir al hombre en una soledad a la que Hannah Arendt bien podría denominar “pre-totalitaria”–. Ante uno y otro extremo (la parcialidad de la materia y la negación lo universal) Benedicto XVI dice no: *toda* la persona, y *todas* las personas.

DE LA RELIGIÓN DEL PROGRESO AL PROGRESO EN LA CARIDAD

Contrario tanto a la ineficacia de un sentimentalismo pasajero que mueve a la persona a hacer algo con miras a una satisfacción meramente inmediata, como a la de un desarrollismo materialista que, en el mejor de los casos, termina llenando un pueblo de objetos materiales que no le brindan respuesta a las preguntas fundamentales de todo ser humano, el desarrollo propuesto por Benedicto XVI atiende a la satisfacción de las necesidades que se derivan de la naturaleza humana:¹² sustancia individual de naturaleza racional, abierta a la trascendencia y creada para el encuentro con los demás.¹³

¹² Benedicto XVI insiste en que la naturaleza humana sólo es cognoscible en toda su extensión cuando se mira a aquel que la ha llevado hasta su perfección: Cristo. Sólo a la luz de Cristo, y de las potencialidades que se han inaugurado en el hombre en virtud de la Redención, podemos terminar de comprender quién es el hombre, para luego brindarle una respuesta veraz a sus problemas y necesidades. Quién no emprende el proyecto del desarrollo centrado en la persona de Cristo y en la conciencia de que Él (no nosotros) es el Redentor de todos los hombres, corre el riesgo de pronto verse lleno de frustración, de desesperanza (a una persona así, los problemas terminarán pareciéndole demasiado grandes, las soluciones demasiado pequeñas y los hombres demasiado egoístas e incapaces de un compromiso real). Quien en cambio actúa sobre la base, el impulso y la garantía de quien de hecho ya ha puesto las bases para una transformación radical de la realidad; el que sabe que no está sólo; el que tiene una guía clara que le permite saber lo que debe de hacer en cada momento; el que sabe que el valor de su vida no depende del éxito que alcance a los ojos del mundo, sino de su capacidad para hacer lo correcto en cada instante; el que se sabe profundamente amado independientemente de cualquier cosa que haga o deje de hacer, ese sí que puede embarcarse con seguridad y permanencia en el proyecto del progreso de todos los hombres, de todos los pueblos... y triunfar. Si esto es verdad, pues entonces nadie como el cristiano tiene las condiciones necesarias para convertirse en un factor activo en la transformación de la realidad actual.

¹³ Cuando consideramos el término caridad (motor del desarrollo) sin recurrir al tema de la verdad caemos pues en deformaciones de la caridad como lo puede ser un sentimentalismo condenado a la inutilidad. No se pueden construir proyectos sociales eficaces y de largo plazo sobre el sentimiento, que es tan maleable, o sobre visiones de los problemas humanos que no atienden a la totalidad de la persona. Esa es la caridad en la mentira: aquella en la que solamente se cuida una parte de la persona para luego decirle “ya puedes ser feliz; ya eres rico, ya tienes qué comer. No necesitas nada más”. La persona es mucho más que materia y necesita mucho más que lo que la materia, el Estado y el mercado le pueden dar. De allí que el progreso sea responsabilidad de todos, y no sólo un asunto de política gubernamental o de intercambio de mercancías. Por otro lado, y en relación con el llamado del hombre a la entrega a los demás, recomiendo vivamente la lectura pausada del punto número 34 de la Encíclica.

Finalmente, un sentido adicional en el que la caridad tiene que estar en la verdad se refiere a que el interés de velar por el bien del otro tiene que llegar a resolver (con arreglo a las condiciones y posibilidades técnicas de las disciplinas pertinentes) efectivamente los problemas jurídicos, económicos, políticos, culturales, etc., que enfrenta cada comunidad (atendiendo así a la lógica autonomía que cada rama del conocimiento humano tiene con respecto de su propia manera de resolver, aquí y ahora, las necesidades de los hombres).

3. *Urgente*. Visto desde la perspectiva de la verdad sobre el hombre, el desarrollo al que están llamadas las personas y los pueblos demanda, dada su propia naturaleza, de una urgente realización. Como de lo que estamos hablando es del desarrollo de seres humanos dotados de dignidad y trascendencia, no cabe retraso alguno que permita sacrificar el presente en aras de un futuro de incierta realización.¹⁴

4. *Comunitario*. Un proyecto de esta envergadura (integral, veraz, urgente) no puede ser la obra de una sola persona o de una sola institución. Es un proyecto que se tiene que construir en el encuentro con los otros. El hombre está hecho para ser don: se construye, se fortalece y multiplica su capacidad de hacer en su encuentro con los demás. Quien no tiene amigos; quien no tiene a otros que lo inspiren, que lo ayuden, que lo acompañen –colaborando– en su búsqueda de la verdad, que lo sostengan y completen en su empeño por transformar la realidad, está condenado a fracasar (de allí el miedo a la soledad, que es uno de los temas mejor tratados en la Encíclica).¹⁵

¹⁴ “Esta urgencia no se debe sólo al estado de cosas, no se deriva solamente de la avalancha de los acontecimientos y problemas, sino de lo que está en juego: la necesidad de alcanzar una auténtica fraternidad. Lograr esta meta es tan importante que exige tomarla en consideración para comprenderla a fondo y movilizarse concretamente con el «corazón», con el fin de hacer cambiar los procesos económicos y sociales actuales hacia metas plenamente humanas” (*Caritas in Veritate*, núm. 20).

¹⁵ *Cfr.* Capítulo V. La colaboración de la familia humana, donde Benedicto XVI afirma, entre otras cosas, que “una de las pobreza más hondas que el hombre puede

VII. ¿Y PARA LOS JURISTAS?

¿Qué tiene que decirle *Caritas et Veritate* a jurista? ¿Cuál es el mensaje que le puede servir para conducir con mayor tino su interés en colaborar al desarrollo de la propia patria y de la humanidad?

Me parece que podemos listar al menos cuatro importantes lecciones para quienes cumplen con este perfil:

1. *Fidelidad a la profesión*. Antes que nada, el jurista debe ser fiel a su profesión; es decir, debe tomarse en serio el hecho de que lo que a él le corresponde es colaborar en la realización de aquello que es propio del derecho: darle a cada quien lo que le corresponde; su *ius*. Lo suyo de cada uno. En otras palabras, el jurista debe comprometerse con el grave deber de velar por el eficaz reinado de la justicia en cuanto condición previa para el reinado de la caridad.¹⁶ “La justicia”, afirma Benedicto XVI, con palabras que deben despertar en todo jurista un renovado deseo de hacer lo que sea necesario para que el derecho sea nuevamente visto como *ars boni et aequi*, “es la primera vía de la caridad”.¹⁷

experimentar es la soledad. Ciertamente, también las otras pobreza, incluidas las materiales, nacen del aislamiento, del no ser amados o de la dificultad de amar (...). El hombre está alienado cuando vive solo o se aleja de la realidad, cuando renuncia a pensar y creer en un Fundamento. Toda la humanidad está alienada cuando se entrega a proyectos exclusivamente humanos, a ideologías y utopías falsas. Hoy la humanidad aparece mucho más interactiva que antes: esa mayor vecindad debe transformarse en verdadera comunión. El desarrollo de los pueblos depende sobre todo de que se reconozcan como parte de una sola familia, que colabora con verdadera comunión y está integrada por seres que no viven simplemente uno junto al otro” (*Caritas in Veritate*, núm. 53).

¹⁶ “Ante todo la justicia. *Ubi societas, ibi ius*: toda sociedad elabora un sistema propio de justicia. La caridad va más allá de la justicia, porque amar es dar, ofrecer de lo «mío» al otro; pero nunca carece de justicia, la cual lleva a dar al otro lo que es «suyo», lo que le corresponde en virtud de su ser y de su obrar. No puedo «dar» al otro de lo mío sin haberle dado en primer lugar lo que en justicia le corresponde. Quien ama con caridad a los demás, es ante todo justo con ellos” (*Caritas in Veritate*, núm. 6).

¹⁷ *Idem*.

2. *Pensadores de reflexión profunda*. Para lograr lo anterior, es fundamental que los juristas asuman el reto lanzado por Benedicto XVI de convertirse en “pensadores de reflexión profunda”,¹⁸ dispuestos asumir –en comunidad– la titánica tarea de repensar a fondo los conceptos fundamentales del derecho, en general, y de cada una de las ramas del derecho, a la luz de la primacía de la caridad y –muy importante– sin detrimento (al contrario) de la calidad técnica de las instituciones sujetas a su análisis u objeto de sus propuestas.¹⁹

3. *Visión global y diálogo multidisciplinar*. El jurista que quiera hacer algo relevante por el desarrollo no puede conformarse con saber derecho. El derecho, como cualquier otro ámbito del saber humano, requiere para su adecuada comprensión de una visión global. Sumado a lo anterior, quien desea participar activa y eficazmente en la transformación de la realidad debe –dada la complejidad de los problemas humanos– ser un promotor de un constante intercambio de conocimientos con los gestores de otras disciplinas.²⁰ El jurista que sólo sabe derecho –y ya no digamos,

¹⁸ *Caritas in Veritate*, núm. 19.

¹⁹ “La caridad no excluye el saber, más bien lo exige, lo promueve y lo anima desde dentro. El saber nunca es sólo obra de la inteligencia. Ciertamente, puede reducirse a cálculo y experimentación, pero si quiere ser sabiduría capaz de orientar al hombre a la luz de los primeros principios y de su fin último, ha de ser «sazonado» con la «sal» de la caridad. Sin el saber, el hacer es ciego, y el saber es estéril sin el amor. En efecto, «el que está animado de una verdadera caridad es ingenioso para descubrir las causas de la miseria, para encontrar los medios de combatirla, para vencerla con intrepidez». Al afrontar los fenómenos que tenemos delante, la caridad en la verdad exige ante todo conocer y entender, conscientes y respetuosos de la competencia específica de cada ámbito del saber. La caridad no es una añadidura posterior, casi como un apéndice al trabajo ya concluido de las diferentes disciplinas, sino que dialoga con ellas desde el principio. Las exigencias del amor no contradicen las de la razón. El saber humano es insuficiente y las conclusiones de las ciencias no podrán indicar por sí solas la vía hacia el desarrollo integral del hombre. Siempre hay que lanzarse más allá: lo exige la caridad en la verdad. Pero ir más allá nunca significa prescindir de las conclusiones de la razón, ni contradecir sus resultados. No existe la inteligencia y después el amor: existe *el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor*” (*Caritas in Veritate*, núm. 30).

²⁰ “El tema del desarrollo humano integral adquiere un alcance aún más complejo: la correlación entre sus múltiples elementos exige un esfuerzo para que los diferentes ámbitos del saber humano sean interactivos, con vistas a la promoción de

el jurista que sólo conoce de leyes– podrá menos que un pobre lisiado en la batalla por el desarrollo de la humanidad.

4. *Para ser factores de cambio, ir a la raíz.* “El desarrollo nunca estará plenamente garantizado –afirma Benedicto XVI– por fuerzas que en gran medida son automáticas e impersonales, ya provengan de las leyes de mercado o de políticas de carácter internacional. *El desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan fuertemente en su conciencia la llamada al bien común. Se necesita tanto la preparación profesional como la coherencia moral*”.²¹ Para ser hombres así, es indispensable recordar que el desarrollo –el amor por este desarrollo integral, veraz y urgente– requiere de un fundamento ulterior que supera las fuerzas de la propia inteligencia y voluntad. Para ser fieles a las demandas del desarrollo integral *Caritas in Veritate* urge al hombre –en este caso, al jurista– entrar en contacto con ese amor; ya que de lo contrario el amor, a la larga, no se puede sostener. No podemos construir un mundo en la caridad con base en meras buenas intenciones, o en ideas, o en una espiritualidad, que alguna vez estuvo viva y dejó de estarlo.

un verdadero desarrollo de los pueblos. Con frecuencia, se cree que basta aplicar el desarrollo o las medidas socioeconómicas correspondientes mediante una actuación común. Sin embargo, este actuar común necesita ser orientado, porque «toda acción social implica una doctrina». Teniendo en cuenta la complejidad de los problemas, es obvio que las diferentes disciplinas deben colaborar en una interdisciplinariedad ordenada” (*Caritas in Veritate*, núm. 31).

²¹ *Caritas in Veritate*, núm. 71.